

SECCION ESPECIAL

PALABRAS DE CLAUSURA, SIMPOSIUM INTERNACIONAL DE CARDIOLOGIA

Dr. Salomón Jorge

Auditorio del Banco Central 27 al 30 de mayo 1992. Santo Domingo R.D.

Unas breves palabras para ponerle fin a este magnífico Simposio Internacional de Cardiología. Palabras de agradecimiento, en primer término a los eminentes colegas profesores de Cardiología que tan solícitamente han acudido a este memorable cónclave: Dr. Mario Camaro Maranhao, Presidente de la Sociedad Interamericana de Cardiología, de Brasil; Doctor David Kelly, Presidente de la Federación Internacional de Cardiología, profesor de la Universidad de Sidney, Australia; Doctor Elliot Rappaport, profesor de la Universidad de San Francisco de California, Estados Unidos; doctor Gerald Pohost, Catedrático de la Universidad de Alabama; doctores Thomas Peter y Aurelio Chaux del Cedars Sinai Medical Center de Los Angeles, California; doctor Robert O'Rourke, de la Universidad de Texas; doctor Gaston Magrinat, de U.S.A; doctor Eduardo Salazar, Secretario de la Sociedad Interamericana de Cardiología y Sub-director de Enseñanza del Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez, de Méjico; doctor José F. Guadalajara, profesor del mismo Instituto Ignacio Chávez; doctor Bernardo Boskis, del Instituto de Cardiología de Buenos Aires y doctor Branco Maunter, representante de las Fundaciones Interamericanas, también de Buenos Aires, Argentina; doctor Alberto Hernández Careño, Presidente de la Sociedad Cubana de Cardiología y profesor del Instituto de Ciencias Médicas de la Habana; doctor Francois Joachim, profesor de la Universidad del Rosario, de Santa Fe de Bogotá, Colombia; doctor Aşın Cardiel, Presidente de la Sociedad Española de Cardiología; doctor Luis Alfonso Pulpón, doctor Eduardo Teresa Galván, Antonio Bayes de Luna y doctor Francisco Navarro López, vicesecretario, tesorero y presidente actual de la misma entidad respectivamente; doctor Mario Garcia Palmieri, de la Universidad de Puerto Rico; doctor David Storer-Blasini, Presidente de la Sociedad Puertorriqueña de Cardiología; doctor Pablo Iván Altieri, Director del Laboratorio Cardiovascular del Hospital Universitario de Rio Piedras, Puerto Rico; doctor Armando Sales, doctor Carlos Ribeiro y doctor Falcao de Freitas, profesores de la Universidad de Lisboa, Portugal; doctor Edgardo Escobar de la Universidad de Santiago de Chile ;

doctor Juan Colán y doctor Iván Mendoza, ambos profesores, de la Universidad de Caracas, Venezuela y doctor Francois Zeiters, profesor del Instituto de Cardiología de Montreal, Canadá, también a los participantes dominicanos Drs. Mariano Defilló R. Guarocuya Batista del Villar, Angel Chan Aquino, Carlos Lamarche Rey y Rafael Pichardo Estévez. Aprovecho este momento para rendir un emocionado tributo de simpatía a los hermanos países cuya representación ostentan: Brasil, Australia, Estados Unidos de Norteamérica, Mexico, Argentina, Cuba, Colombia, España, Portugal, Puerto Rico, Chile, Canada y República Dominicana.

La Cardiología es una idea, una inspiración, un concepto, nacido en la mente del médico y teólogo español Miguel Servet antes de ser quemado vivo por la inquisición en 1553. Su cuerpo y los dos ejemplares de su obra *Christianismi restituido*, en la que exponía su idea de la circulación pulmonar ardieron en la hoguera; pero la idea en ella contenida fue recogida por el médico y fisiólogo inglés William Harvey. Trabajó infatigab'9 y metódicamente en una serie de sensacionales experimentos que llevo a cabo a lo largo de 20 años, demostró, de manera irrefutable, la existencia de la circulación mayor. En 1628, setenta y cinco años después del suplicio de Servet, publica en Francfort su famoso y trascendental libro, de 72 páginas, titulado: "*Exercitatio Anatomía de Motu Cordis et sanguinis in animalibus*", que algunos historiadores consideran como el libro más grande jamás escrito en toda la literatura médica.

En 1661, Marcelo Malpighi, anatomista y patólogo italiano, descubre los capilares con el recién inventado microscopio; completa así la obra de sus predecesores español e inglés y cierra el ciclo de uno de los más importantes descubrimientos de la historia de la medicina de todos los tiempos.

La idea de la Cardiología continúa desarrollandose con el francés Vieussens, que descubre la circulación coronaria y publica el primer libro de cardiología, "*Traité du coeur*", en 1715.

En 1761, el austríaco Auenbrugger, introduce la percusión como método de estudio del tamaño del

corazón y en el diagnóstico de los derrames pericárdicos y pleurales.

En 1819 publica el clínico francés Laennec, su tratado sobre la auscultación mediata y da cuenta de la invención del estetoscopio, cimentando con ello la clínica sobre nuevas bases, abriendo un campo inmenso al estudio y comprensión de las enfermedades cardio-pulmonares, cuyas posibilidades al parecer inagotables, se ensanchan todavía en nuestros días.

En el mismo siglo diecinueve, el fisiólogo alemán, Karl Ludwig, crea el quimógrafo, del que habla de servirse, magistralmente, el fisiólogo francés Marey y los clínicos ingleses Mackenzie y Thomas Lewis.

Antes de terminar el siglo, el fisiólogo alemán Roentgen, da cuenta, en un opúsculo que publica en 1895, del descubrimiento de los Rayos X, otro sensacional descubrimiento que habría de facilitar enormemente el diagnóstico de un sinnúmero de dolencias.

Estamos viviendo los últimos años del segundo milenio de nuestra era y los últimos años de este prodigioso siglo XX. En los albores del siglo descubre la física francesa de origen polaco, Marie Curie, la radioactividad espontánea en 1903, y logra aislar el radium en 1911, ganando de paso, dos premios Nobel, el de física y el de química y es la primera mujer en ganar una cátedra en la Sorbona. Su esposo, Pierre Curie, francés, y el también francés, Becquerel, reciben el premio Nobel de física por su contribución al estudio de la radioactividad y por el descubrimiento de la piroelectricidad. Son muy contados los contemporáneos de estos sabios que vislumbran las inmensas repercusiones que estas hazañas científicas debían de tener en el desarrollo futuro de la cardiología.

Este mismo prolífico siglo XX ve nacer el teléfono, la luz incandescente, el automóvil, el avión, la telegrafía sin hilos, la radiodifusión, y radiorecepción, la televisión, la informática, la desintegración del átomo y los vuelos espaciales. De todas estas grandes realizaciones habría de servirse la cardiología. Pero también la cardiología, hace, por su lado, sus propias conquistas. El alemán Forsmann inventa el cateterismo cardíaco, en 1929, introduciéndose él mismo un catéter, a través de una vena braquial que lleva hasta el interior del ventrículo derecho, frente a un espejo, conquistando con esta audaz hazaña el premio Nobel de medicina y filosofía de 1956, que comparte con Courmand y Dickinson. Pocos años después de Forsman, el médico cubano Agustín Castellanos, crea, en 1936, genialmente, la angiocardiógrafa, dos inmensas contribuciones que hacen posible el incesante avance de la naciente cirugía cardiovascular.

La cirugía cardiovascular es una conquista del siglo XX. Ya en la década de los años veinte surgen tentativas y técnicas osadas tanto en Europa como en EE.UU. Doyen y Tuffier en Francia; Souttar en

Inglaterra. Souttar, otra víctima de los ignaros colegas de su tiempo. Realiza Souttar con mano maestra, el día 6 de Mayo de 1925, la primera comisurotomía mitral, en Londres. Pese a su memorable hazaña tiene que abandonar la City y, también su brillante carrera, pues ninguno de sus antiguos compañeros volvió a referirle jamás paciente alguno. Se consideraba entonces al corazón como un órgano intocable. Decía el brillante cirujano vienés Billroth que: "un cirujano que se atreva a intentar cualquier intervención en el corazón debería perder el respeto de sus colegas", y agregaba despectivamente: "A heart operation is a prostitution of the surgical art". (una cirugía en el corazón constituye una prostitución del arte de la cirugía).

En los Estados Unidos el ambiente era muy diferente del que reinaba en Londres. Por esa misma época Elliot Cutler y Samuel Levine efectúan una comisurotomía, aunque con una técnica diferente a la de Souttar. En 1939 el entonces joven cirujano, Robert Gross, realiza la primera ligadura de un "patent ductus arteriosus". En 1945, Crawford lleva a cabo la primera corrección quirúrgica de una coartación de la aorta. En el mismo año realiza Gross idéntica intervención en Inglaterra. Poco después se incorpora Bailey al movimiento, perfeccionando los detalles técnicos de la comisurotomía mitral. En ese mismo fructífero año, 1945, publican Taussig y Blalock los tres primeros casos de anastomosis arteria subclavia-arteriapulmonar, en otros tantos casos de Tetralogía de Fallot, con resultados sensacionales. Coincidentalmente, en ese mismo 1945 inaugura Alexander Flemming con su impresionante descubrimiento de la penicilina, la era de los antibióticos; se transforma, de golpe, el pronóstico de la Endocarditis Bacteriana Subaguda.

El 6 de mayo de 1953 se inicia una nueva era en la cirugía cardíaca con el advenimiento del aparato oxigenador conocido como corazón-pulmón artificial que asegura una circulación sanguínea extracorpórea y permite así operar el corazón a cielo abierto. Este ingenioso equipo fue el resultado de la obra exclusiva y personal del médico estadounidense John Gibbon, quien empleó en su diseño y plasmación 19 años de su vida, entregándose en cuerpo y alma durante ese prolongado lapso a una tarea titánica y abrumadora. Ese preciso día, 6 de mayo de 1953, y con el fin de demostrar la eficiencia de su dispositivo oxigenador, hace el doctor Gibbon, por primera vez en la historia, una reparación perfecta de una comunicación interauricular con éxito rotundo.

Con el auge de la cirugía de corazón abierto se incrementa la audacia de los cirujanos, que no vacilan en lanzarse a reparar cualquier clase de daño valvular o de tratar de hacer compatible con una vida mejor toda clase de anomalías cardiovasculares extrañas y complejas. Prolifera al mismo tiempo, un número de

válvulas prostéticas, biológicas y mecánicas. En la década de los años cincuenta surge el desfibrilador de Zoll y se implantan los primeros marcapasos.

En 1958, Mason Sones, de Cleveland, da a conocer su monumental contribución para enriquecer el acopio de procedimientos diagnósticos específicos, con su arteriografía coronaria. Se abre así otro vasto campo de trabajo para los cirujanos, que no pierden tiempo en idear nuevas operaciones, entre las cuales se destaca el injerto aorto-coronario que transforma la vida de los pacientes anginosos y mejora significativamente al pronóstico de las obstrucciones coronarias.

En 1978 introduce el investigador suizo Gruentzig, la angioplastia percutánea transfemoral coronaria, elegante método, no invasivo, de desobstrucción de las coronarias, que substituye, precede o completa la cirugía aorto-coronaria.

En la década de los 80 se generaliza el empleo de los fibrinolíticos, que mejoran considerablemente la evolución y el pronóstico de los casos de infarto del miocardio. La estreptoquinasa y el activador tisular del plasmonógeno son los dos agentes más utilizados; su uso se difunde cada día más.

En el curso del año 1963 se anuncia, simultáneamente, en Canadá y en Estados Unidos, el nacimiento de las primeras unidades de cuidados coronarios, destinados al manejo de los problemas que acompañan a los accidentes coronarios agudos. Poco después aparecen en Inglaterra las unidades coronarias móviles espléndidamente equipadas.

Unos años más tarde, ofrece Kantrowitz a sus colegas, su aparato de asistencia circulatoria por medio

del balón intra-aórtico para el tratamiento del fallo de la bomba cardíaca.

Todas estas conquistas técnicas, originadas en épocas diversas y en países bien diferentes, engendran nuevos proyectos en los distintos grupos de investigadores y ninguna empresa, de la magnitud que fuere, les parece irrealizable. Asistimos así, a comienzos de la década del setenta, al desarrollo de los planes que tenían como propósito establecer las bases teóricas y experimentales para la realización del trasplante cardíaco del hombre. Dos equipos de investigadores se consagran a la tarea, uno encabezado por Shumway, el otro por Hanlon. Los experimentos tiene éxito, pero es a Christian Barnard, quién por su lado realizaba también una intensa labor investigativa, al que le cabría la gloria de efectuar con éxito el primer trasplante humano, portentosa hazaña que lleva a cabo con toda felicidad en el curso de la histórica jornada del 3 de diciembre de 1967, en su Hospital Groote Schuur, de la ciudad del Cabo.

Quiero, ya para concluir, expresar a nombre de la Sociedad Dominicana de Cardiología, los sentimientos de la más profunda gratitud a los prestigiosos colegas que tanto realce y brillantez han dado a esta fiesta de la inteligencia y de la fraternidad, que nos ha agrupado en un amplio abrazo, cálido y cordial entre cultores de la misma disciplina, entre los adoradores de una misma grande idea. Muchas gracias a todos.

Santo Domingo, 30 mayo 1992.
Salomón Jorge